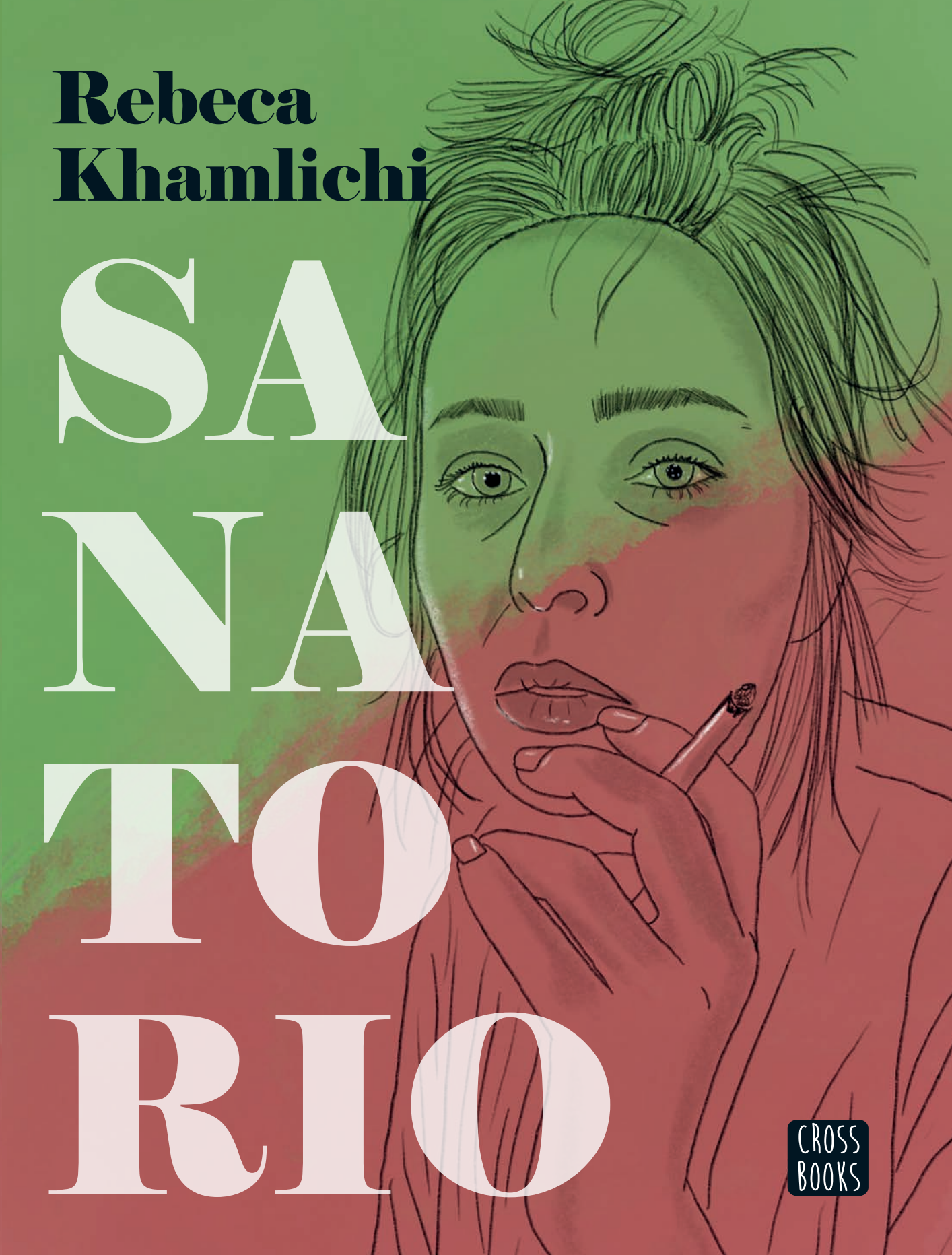


**Rebeca
Khamlichí**

**SAN
ANA
TO
RIO**

**CROSS
BOOKS**



**Rebeca
Khamlichi**

**SA
NA
TO
RIO**

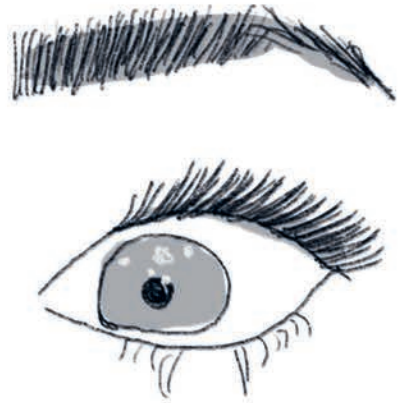
**CROSS
BOOKS**

Nota al lector:

Este libro lo escribí y dibujé mientras entraba y salía de instituciones psiquiátricas, y bajo las limitaciones de una severa medicación que me hacía complicado hilar las ideas y hasta sujetar el lápiz en la mano.

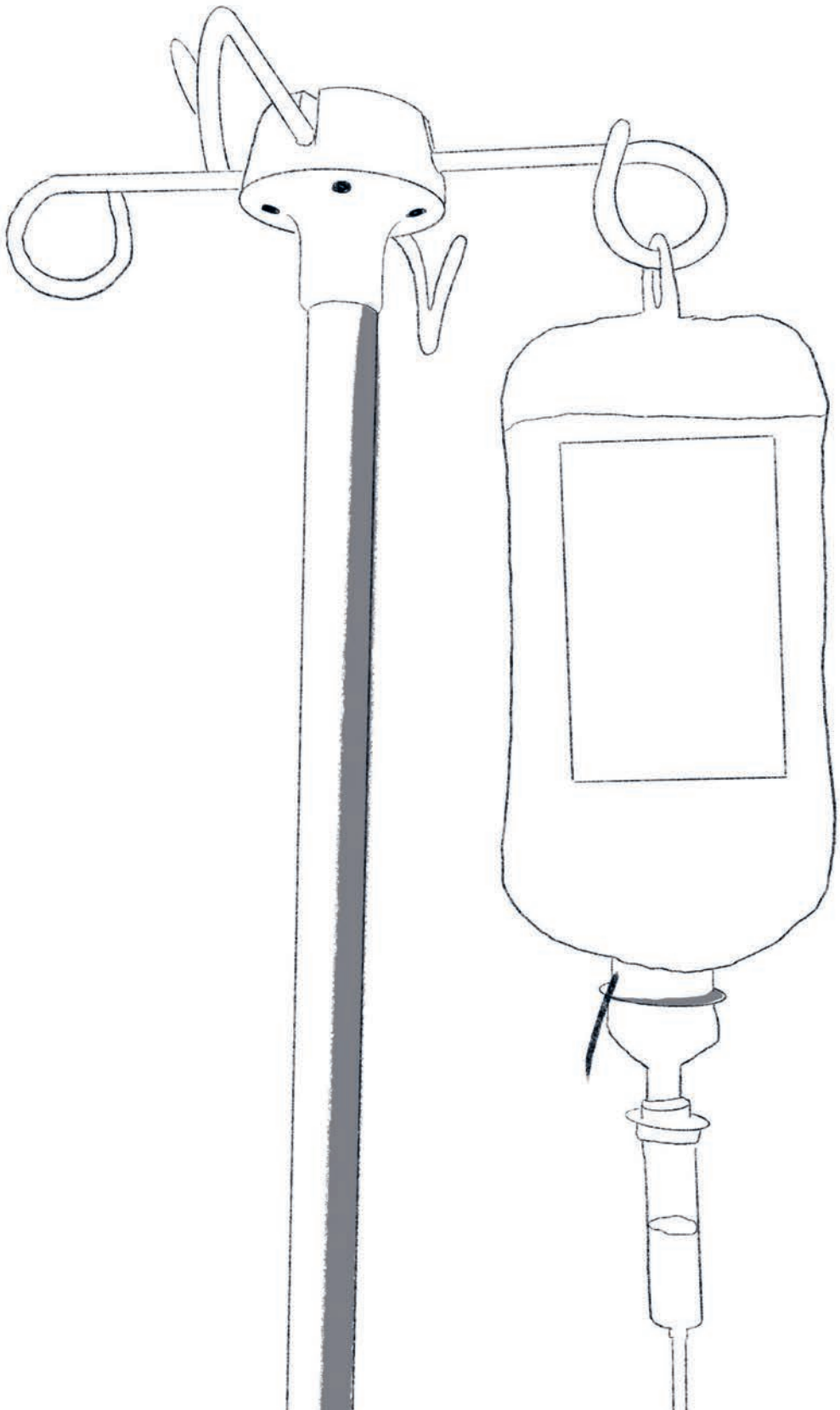
El pulso dubitativo de los dibujos es prueba de ello.

A pesar de tener después la posibilidad de mejorar textos y trazos, he querido respetar las condiciones en las que los hice: las palabras y las ilustraciones que aquí aparecen son aquellas originales, un testimonio visual real de unos tiempos terribles...

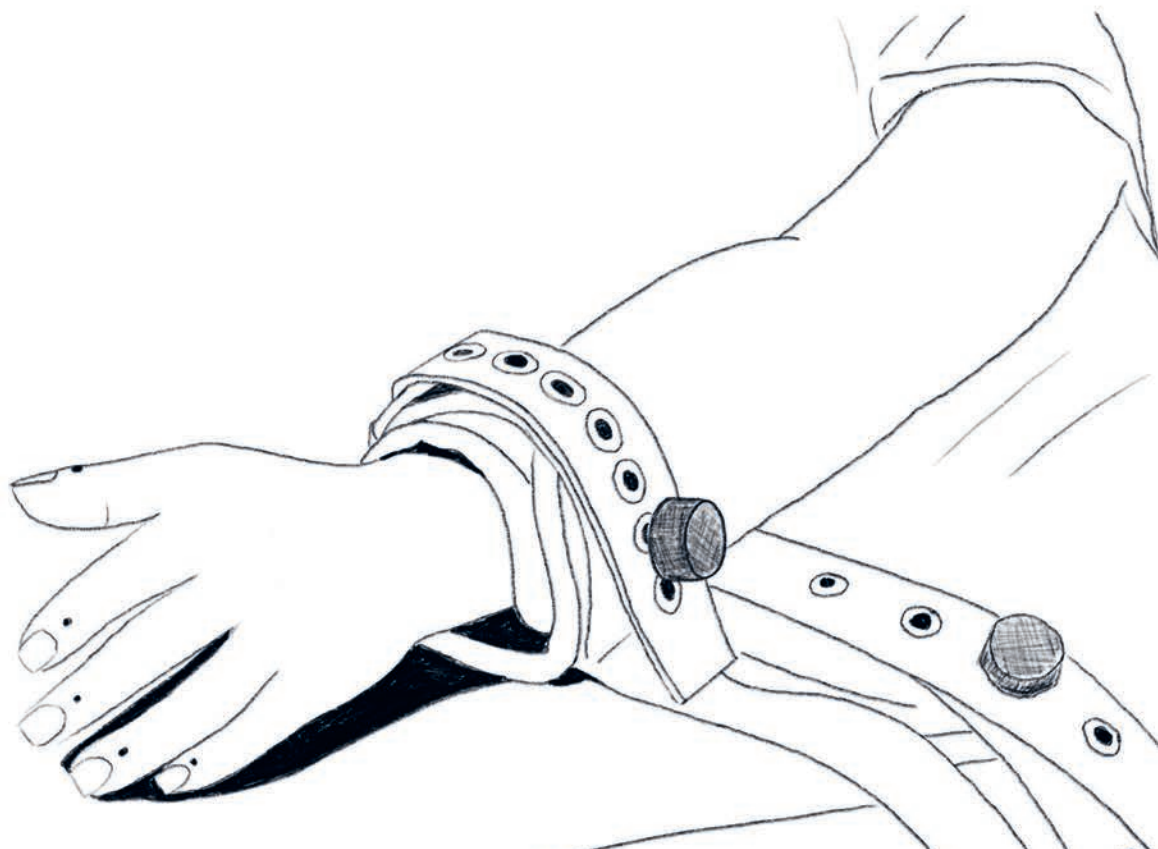


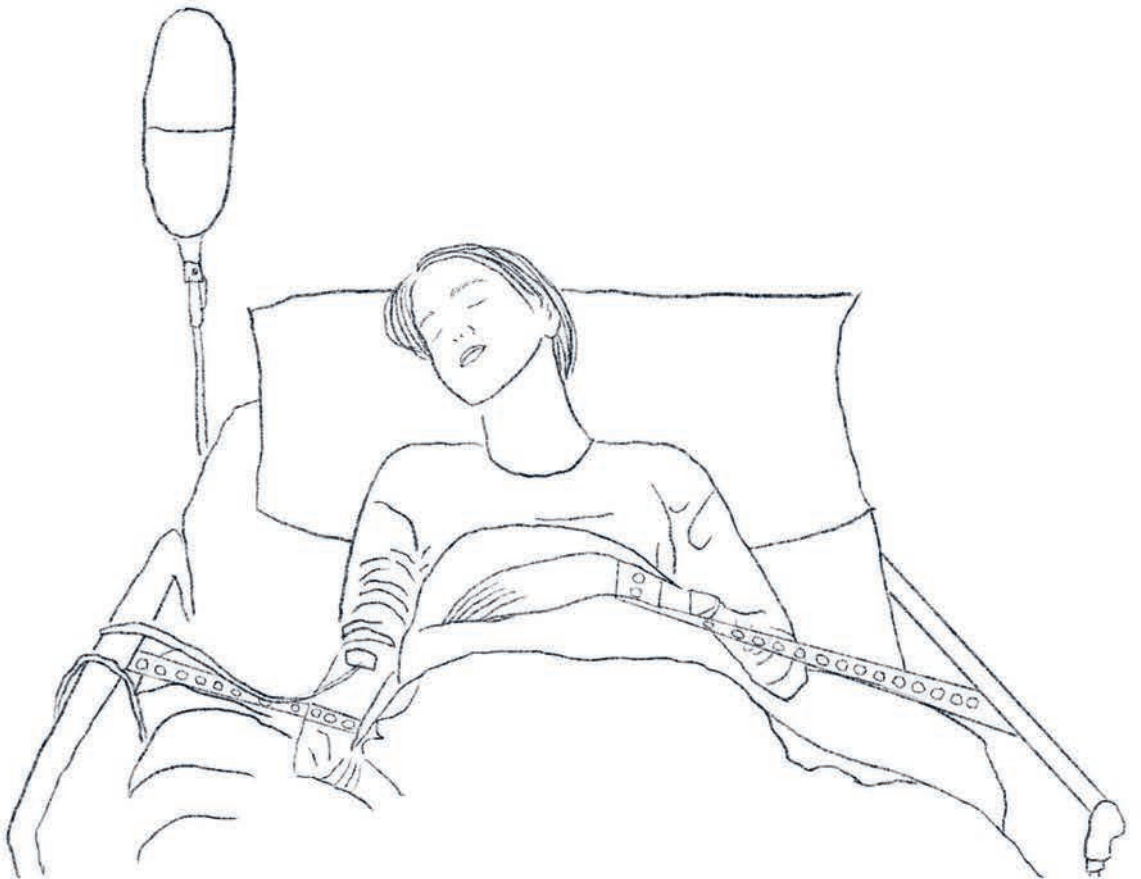
Lo primero que supe después de matarme
es que el Infierno es blanco.

Y que está lleno de gente.



Y que, cuando llegas, te atan las manos...





**S
A
N
A
T
O
R
I
O**

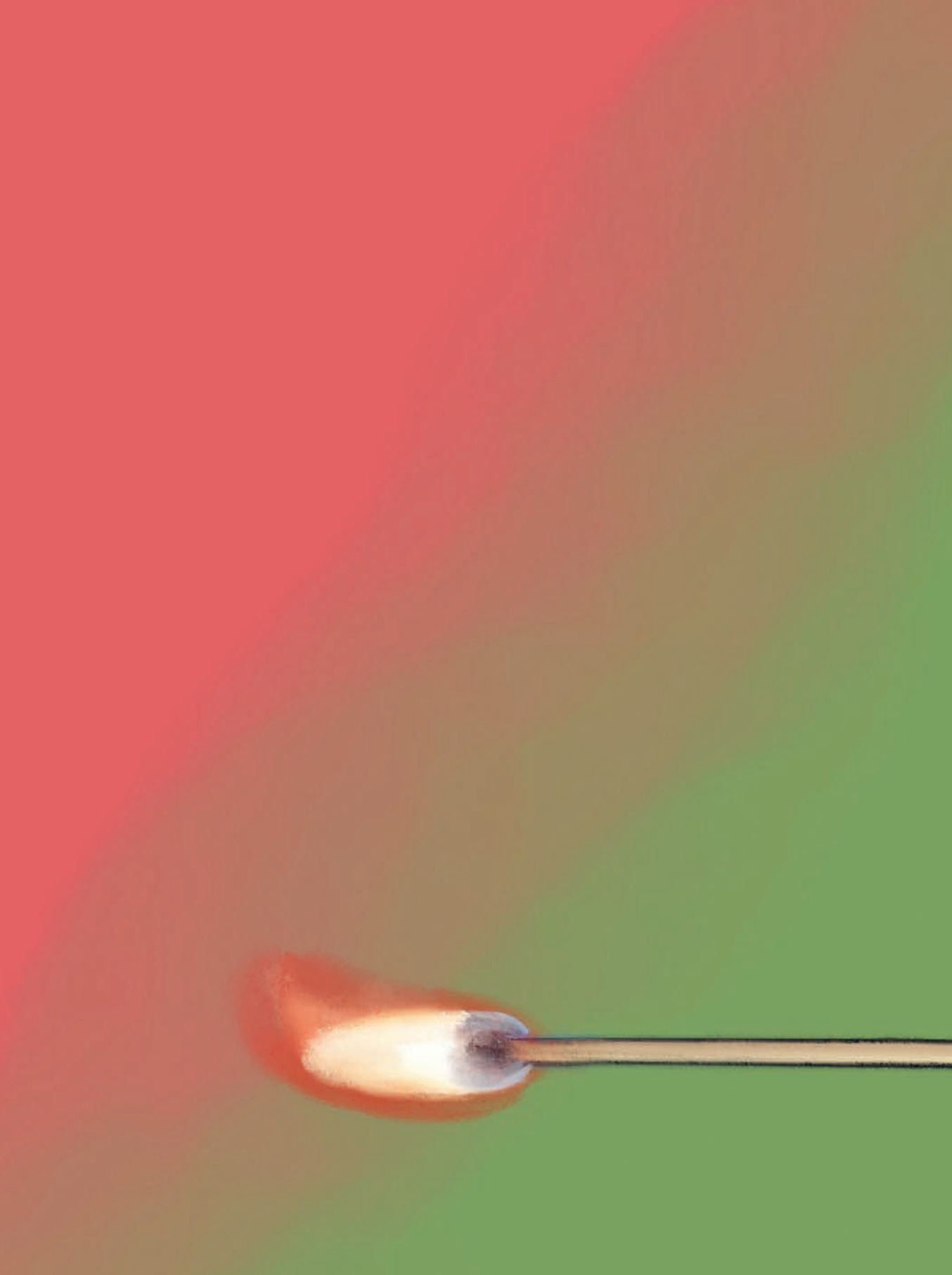
¿Cuál fue la causa? ¿Cuál es el espagueti que engordó al gordo? ¿Cuál es el pelo de la bola de pelos que hace vomitar al gato? ¿Cuál es la mota de polvo que vence el estante? ¿El copo de nieve que quiebra la rama del pino?

Quién sabe.

Resultó que mi cabeza era un cóctel molotov.

Y que lo que llevaba haciendo 33 años era esperar una cerilla.

La depresión es que te pique su sombra después de haber matado a la araña...



Me llamo Rebeca. Tengo 34 años.

Y hace un año se prendió mi cerilla.

Y hace un año me picó la sombra de mi maldita araña.

FOREVER YOUNG

En el hospital me enteré de que había sido mi amiga Miriam la que me había encontrado. Miriam y yo nos conocemos desde que teníamos 19 años. Ochenta y tres llamadas perdidas y una intuición hicieron que se presentara en mi taller. Soy pintora. O era. No lo sé. Me encontró prácticamente muerta en el suelo rodeada de blísteres de pastillas vacíos. Llamó a la ambulancia. También vinieron policías suficientes como para rodar una nueva temporada de *Los Hombres de Paco*. De todo esto sigo sin recordar nada. Dice Miriam que una de las agentes no dejaba de repetir compungida: «Con lo guapa que es, qué lástima, con lo guapa que es, qué lástima...». También dice que yo solo llevaba un calcetín. Nadie sabe por qué ni dónde estaba el otro. Y que en el elástico del tobillo del único que conservaba ponía, con unas grandes letras negras: *Forever young*.



**FOREV
YOUN**

Aunque ya les digo que de todo eso no me acuerdo de nada. Mi último recuerdo, antes de despertar en el Infierno, era la imagen de mis manos rebosando de todos los orfidales y todos los tranquilizantes y todos los lorazepames y todos los alprazolames y todas las sertralinas que tenía para los dos meses siguientes. Ciento treinta y seis pastillas.

